

Encuentro entre culturas y religiones para la paz mundial

Benjamin Forcano

Sacerdote y teólogo. Editorial Nueva Utopía, España.

Sería un engaño considerar que la influencia de las religiones en la sociedad es cosa del pasado, y que nada o muy poco tienen que ver con los problemas que afectan a la humanidad. Hoy, sin ir más lejos, en la cuestión de la guerra contra Iraq, las religiones han operado activamente, para bien o para mal. En lo que sí han sido eficaces los ataques del 11 de septiembre y la bélica respuesta de los ejércitos de Bush es en exacerbar el sentido patriótico de los occidentales. Patriotas y religiosos, patriotas y bendecidos por sus dioses respectivos que, además, «tanto a los unos como a los otros, les soplan al oído la orden de hacer la guerra en su santo nombre».¹

Ciertamente, en el pasado hemos relacionado el nombre de Dios con la violencia, la fuerza y la guerra. En el actual conflicto, las cosas parecen seguir igual: Bush, Bin Laden y Sharon utilizan el nombre de Dios para justificar la violencia y los muertos. Hay muchos equívocos. Y debido a este papel histórico de las religiones con la violencia, y por intereses nada encubiertos, parece erigirse hoy fuertemente la hipótesis de que, en el conflicto del Medio Oriente, lo que se está ventilando es una guerra de religiones o de culturas.

No negaré que hay algo de esto, hay fanáticos en todas partes, pero es claro que cualquier persona civilizada se distingue por su apertura a otras culturas distintas a la suya, a las cuales puede comprender y de las cuales puede recibir enriquecimiento. Y esas personas existen en unas y otras culturas, sin que eso obste para que haya algunas que viven en democracia y otras en teocracia. En eso, los juicios políticos pueden decantarse en un sentido o en otro, dando preferencia a la democracia más que a la teocracia. Pero ese no es el tema.

Cuanto analizan el momento de nuestra sociedad globalizada, parecen coincidir en que estamos atravesando un momento de crisis *estructural y terminal*. Pero cuando la crisis ocurre, surgen intentos de explicarla y remediarla. Y hoy se intenta resolver la crisis acrecentando desmesuradamente los presupuestos militares. En una ocasión, preguntada Madeleine Albright, ministra de Exteriores de Bill Clinton, si el control occidental del petróleo merecía el millón y medio de niños menores de cinco años, muertos desde 1991 a causa del embargo del petróleo y del uranio empobrecido, respondió sin inmutarse: «El progreso

necesita sacrificios». Nadie debe buscar explicaciones sutiles. Henry Kissinger dijo en otra ocasión: «El petróleo es demasiado importante para dejarlo en manos de los árabes». Quiere esto decir que las razones reales de la guerra, pese a los fanatismos religiosos existentes, son económicas. El petróleo de Iraq, nacionalizado en 1971, hay que devolverlo a sus antiguos propietarios, a las grandes multinacionales (Mobil, Exxon, BP, Haliburton, etc.). Apoderarse de un bien ajeno —en este caso el petróleo— es inmoral porque contraviene la ética y el Derecho internacional, pero cuando a uno le interesa y tiene poder para hacerlo, lo hace contra derecho. Esto se llama la «ley del más fuerte». Lógicamente, como el robo es repudiado de manera universal, esta acción se debe revestir de nobles razones: evitar armas de destrucción masiva, derechos humanos, libertad, democracia, etcétera.

No hay que escatimar en este análisis nada de lo que a las religiones les incumba como responsabilidad en los conflictos de la violencia; pero tampoco se trata de utilizarlas como tapadera de las causas que realmente están generando desigualdades e injusticias en nuestra sociedad. En este sentido, suscribo las palabras del teólogo mártir Ignacio Ellacuría, quien afirmaba: «La Teología de la Liberación es la más antiviolenta de todas». Lo mismo escribe Jon Sobrino:

La Teología de la Liberación elabora la absoluta necesidad de liberación de la realidad oprimida, la liberación de pueblos que mueren lentamente, o que son crucificados, de liberación a todos los niveles en que la persona y los pueblos son oprimidos, pero que comienza y pasa por lo más primigenio de la vida.²

Es decir, no suscribo la tesis de Huntington y Oriana Falaci, entre otros, en el sentido de que el conflicto bélico desencadenado es, fundamentalmente, un conflicto de religiones o de culturas.

El verdadero problema

El problema, a mi modo de ver, se centra en lo siguiente: desde siempre, la religión es un hecho humano que tiene una proyección social. Ese hecho, también desde siempre, se ha presentado en la sociedad como plural; la religión ha desempeñado demasiadas veces un papel negativo en la convivencia de unas personas con otras y de unos pueblos con otros. En virtud de esto, muchos llegan a pensar que es antihumana y que, mientras exista, no se puede esperar de ella sino alienación y perturbación para la vida y convivencia. La paz, ese bien al que todos aspiramos, sería incompatible con la religión.

La religión, por el contrario, es un hecho profundamente humano; de ahí su universalidad.

Estoy de acuerdo en que, demasiadas veces, ha sido utilizada para manchar la dignidad humana, explotar al hombre y emprender acciones políticas inmorales. Pero no es esta su única cara. Ha servido también, históricamente, para cuidar del ser humano, ennoblecerlo, liberarlo y llevarlo a cuotas de un humanismo ejemplar y heroico.

Por otra parte, siempre que la religión se ha degradado, no ha perdido lo que de verdad es y significa. Tal degradación le ha venido de haber practicado una fácil y persistente infidelidad, al unirse con el poder o ser factor legitimante de este. Refiriéndome más a la religión cristiana, habría que lamentar su alianza temprana con el poder imperial, su afán dominador sojuzgando la autonomía de las realidades terrenas, su papel de justificación ideológica en muchos proyectos de colonización y de conquista, su carácter coercitivo y excluyente frente a las demás religiones, su intromisión inquisitorial en el recinto de las conciencias, etcétera.

Pero estas infidelidades han tenido como contrapunto el testimonio de innumerables personas, de destacados sabios, humanistas, reformadores, santos y mártires, que las denunciaron con libertad y valentía. Se impone, por tanto, una distinción que nos haga comprender que la religión —en nuestro caso, la cristiana— tiene también un legado ético-místico, altamente humano y liberador, que puede compartir con otras religiones e incluso con no creyentes. Una cosa son determinadas aplicaciones históricas y otra su proyecto original. Una mala realización no invalida un buen proyecto.

Lo que ocurre es que el reguero de desmanes es a veces tan notorio, y deja tan deplorables secuelas, que cuesta volver a descubrir el rostro puro y humanizante de la religión, y nos tienta irresistiblemente a conclusiones como «la religión es opio», «la religión es poder», «la religión es explotación», «la religión es guerra». Estoy convencido de que el despliegue histórico negativo de las religiones debe ser, en primer lugar, reconocido. Y, en segundo, estudiado, para comprender que nada ocurre al azar y que los extravíos han estado fundamentados en interpretaciones equivocadas.

Por consiguiente, una tarea primordial es reconstruir nuestro mapa mental religioso: arrastramos demasiados prejuicios, profundos resabios y desconfianzas; la historia nos pesa, andamos configurados con una actitud de posesión, en exclusiva, de la verdad. No es ningún sueño imposible pensar en el recíproco entendimiento de las religiones y en su colaboración para afrontar las grandes causas de la humanidad. Solo se requiere un paradigma mental nuevo, porque los cambios de conducta, de

costumbres y de instituciones, van precedidos por cambios culturales que cuestionan el modo de pensar e interpretar la realidad.

Una nueva época

La nueva época se puede definir por los hechos siguientes:

1. Ante el hecho religioso, hoy cobramos nueva conciencia. Hemos llegado a la preanunciada «aldea global». Hoy no estamos, bajo ningún aspecto, aislados e incommunicados. El trasvase económico, comercial, social, cultural, político y, por supuesto, religioso es mundial. A la lejanía, aislamiento y desconocimiento anterior viene sucediendo la cercanía, la convivencia y el conocimiento directo. Siendo distintos en el credo religioso, portamos problemas humanos comunes. Vivimos y sufrimos juntos idénticos problemas, problemas vitales que nos afectan por igual y nos llevan a concluir que, por encima de las diferencias culturales o religiosas, nos sentimos tocados por problemas y responsabilidades comunes. Lo de ser humanos se nos impone como evidencia primaria. Y, como consecuencia, nos conocemos, colaboramos y nos aceptamos como diferentes en nuestras creencias religiosas, anteponiendo el hecho primario de lo humano.
2. Replanteamiento crítico de la propia fe. La simple convivencia, el admitir que el otro expresa con sinceridad su propia fe, el atribuirle como natural ese derecho, nos hace reintroducir en nuestra propia conciencia y en el ámbito más general de nuestra propia religión, la convicción de que ciertos planteamientos del pasado y los presupuestos que le acompañaban, son incorrectos y necesitan rectificación. Leo, por ejemplo, lo que, respecto a la religión católica, decían el Concilio de Florencia (1442) y Bernardo de Claraval (1146) llamando a las Cruzadas:

Hay que creer, profesar y enseñar que ninguno de aquellos que se encuentran fuera de la Iglesia católica, no sólo los paganos, sino también los judíos, los herejes y los cismáticos, podrán participar en la vida eterna, irán al fuego eterno que ha sido preparado para el diablo y sus ángeles (Mt. 25, 4), a menos que antes del término de su vida sean incorporados a la Iglesia [...] Nadie, por grandes que sean sus limosnas, o aunque derrame la sangre por Cristo, podrá salvarse si no permanece en el seno y en la unidad de la Iglesia católica.³

Y también:

Mas los soldados de Cristo combaten confiados en las batallas del Señor, sin temor alguno a pecar por ponerse en

peligro de muerte y de matar al enemigo. Para ellos, morir o matar por Cristo no implica criminalidad alguna y reporta una gran gloria. Además, consiguen dos cosas: muriendo sirven a Cristo y matando, Cristo mismo se les entrega como premio. Él acepta gustosamente como una venganza la muerte del enemigo y, más gustosamente aún, se da como consuelo al soldado que muere por su causa.⁴

Esto mismo, pero invertido, podemos escucharlo en una declaración de Osama Bin Laden después del atentado de las Torres Gemelas:

Aquí está América, golpeada por Dios omnipotente en uno de sus órganos vitales, con sus más grandes edificios destruidos. Por la gracia de Dios [...] Dios ha bendecido a un grupo de la vanguardia de los mulsumanes, la primera línea del Islam, para destruir América. Dios les bendiga y les asigne un supremo lugar en el cielo, porque Él es el único capaz y autorizado para hacerlo.⁵

3. El derecho del otro a ser diferente. Podemos ver con qué naturalidad se sentenciaba que nadie que no estuviese dentro de la propia religión podía salvarse. El argumento está claro: solo la propia religión era la verdadera; las demás estaban en el error, y eran acreedoras de que se les reprimiera y se les obligara a la conversión, todo por su bien, para evitar su condena eterna. En el fondo, el otro era demonizado, presentado negativamente como imagen de lo contrario, lo erróneo, lo malo, lo degradado. Estaba justificado, por tanto, convertirlo, menospreciarlo, someterlo e incluso conquistarlo con la violencia. Es lo que está ocurriendo hoy. Seguimos demonizando al otro, a la diversidad, presentando como únicamente válido y excluyente nuestro modelo de vida.

No parece haber espacio para la diversidad. O Bush o el terrorismo. Se acabaron los matices. Es la era del blanco o negro. Washington o Bagdad. El Pentágono o Bin Laden. Las otras voces, las intermedias, son tachadas de mediocres. Hay que elegir entre el *American Way of Life* que lleva a la vida, o la miseria tercermundista que lleva a la muerte. No hay lugar para la pregunta. Hay que optar. Y la opción no puede ser otra sino la apuesta por el modelo que produce «vida». ¡Qué sarcasmo cuando se intenta encontrar en los arsenales iraquíes armas de destrucción masiva y no se repara en el poderío militar que encierra el Occidente capaz de destruir el planeta varias veces.⁶

Centrando bien la cuestión, aparece claro que la raíz del conflicto, del desencuentro, del fanatismo, de la inquisición, está en que *no hay aceptación de la diversidad*. Se condena al otro y se actúa con intolerancia. Se manifiesta entonces la disposición que tenemos a imponer a los demás las propias creencias, convencidos de tener poder y legitimidad para ello.

Lo peligroso es llegar a esta persuasión y más peligroso aún disponer de poder para llevarla a la práctica. Lo descarado o cruel de esa práctica se encubre remitiendo a mil legitimidades:

Una tarea primordial es reconstruir nuestro mapa mental religioso: arrastramos demasiados prejuicios, profundos resabios y desconfianzas; la historia nos pesa, andamos configurados con una actitud de posesión, en exclusiva, de la verdad. No es ningún sueño imposible pensar en el recíproco entendimiento de las religiones y en su colaboración para afrontar las grandes causas de la humanidad.

«Yo obro así porque es la voluntad de Dios».

«Yo obro así porque está en conformidad con nuestras leyes».

«Yo obro así porque mi conciencia me lo pide».

«Yo obro así porque nuestros intereses lo exigen».

«Yo obro así porque nuestro poderío lo puede».

Una *quíntuple legitimidad*: teológica, legal, cordial, política, militar.

Entonces elevamos a dogma la propia religión, la propia teología, el propio modelo de vida. Y sembrado el dogma en la cabeza de los ciudadanos, es fácil presionarlos para recabar de ellos respuestas integristas irracionales. Si la legitimidad teológica parte de religiones que poseen pretensiones de absolutez y universalidad, como las *religiones del libro o abrahámicas*, entonces la presión se agrava: nada en la vida del individuo escapa al influjo de esas religiones.

La historia conflictiva de las religiones se ha desarrollado en Occidente entre el doble objetivo de conquistarlas o defenderse de ellas. Apenas hemos ensayado la alternativa de acercarnos a ellas para beneficiarnos mutuamente de esa diversidad, una de las riquezas más valiosas de lo humano.

En el pasado ha predominado una especie de etnocentrismo tribal, en virtud del cual la propia tribu era el centro del mundo: nacionalismos exacerbados, sectarismos fanáticos que defendían su propia identidad lejos de cualquier autocrítica. Trasladado al terreno teológico, es esta la *perspectiva exclusivista* según la cual la verdad y la salvación residen únicamente en la propia religión condenando las otras como falsas.

Reconduciendo la cuestión a su raíz

Ha sido largo y duro el caminar de las religiones. Parece que hoy se van abriendo perspectivas y caminos que nos permiten abrigar esperanzas de progreso, unidad y colaboración.

Perspectiva global ecológica. La tierra es la casa de todos; todos vamos embarcados en esta misma nave, compartiendo los mismos problemas y persiguiendo

el mismo destino. No somos señores de la tierra, dominadores de sus recursos, en actitud de acumulación y beneficio, sino hijos de ella, hermanados con todos los seres, dentro de una evolución que nos permite vivirla en expresión de conciencia y responsabilidad.

Perspectiva ético-económica. La economía es un medio, no un fin. El fin es el hombre. Y es en función de la dignidad y las necesidades básicas de todos los hombres como hay que organizar la economía. El egoísmo y la voracidad de los más poderosos no pueden sobreponerse a los derechos de las mayorías. Hay que acabar con el negocio, la explotación, el enriquecimiento y la dominación de los centros económicos y financieros. El hombre es *hominí frater* y no *hominí lupus*.

Perspectiva teológica. Dios se encuentra presente desde el principio en todas las religiones. Todas son caminos que buscan y producen salvación. Todas son manifestaciones de un mismo y único Dios —el misterioso, el inasible, el que nos espera al final de la historia—, aunque no lo sean en el mismo grado y de la misma forma. La salvación por parte de Dios no llega a una sola religión. Cada una tiene derecho a conservar y explicar esa salvación, sin encerrarse dogmáticamente en sí misma, sino percibiendo, escuchando y aprendiendo lo que de salvación compartida haya en otras religiones.

Hemos pasado del anatema al diálogo y desde una visión exclusivista a otra inclusiva. Ninguna religión es dueña de la verdad, ni agota en sí misma toda la revelación de Dios. Somos humanos, pequeños, finitos, limitados y, como tales, poseemos y expresamos parcialmente esa revelación soteriológica de Dios. No nos queda otro camino que el de la autocrítica, el diálogo, el enriquecimiento mutuo y la colaboración.

Puntos obligados de encuentro y colaboración

Resulta paradójico que las religiones, que anuncian a un Dios amor liberador, se hayan convertido en fuentes de división y hostilidad. Se acierta entonces a comprender cuán inmensa es la obcecación que, tratándose precisamente de lo sagrado, sobrecoge a

los humanos. Porque es justo que cada una de las religiones defienda su identidad, pero no hasta el extremo de anatematizar a las demás. Existen, a mi modo de ver, razones que agravan esta obcecación:

- Haber caminado de espaldas al hecho primario de ser todos humanos antes que creyentes de tal o cual religión.
- Haber erigido con tanto absolutismo la validez universal y excluyente de la propia religión.
- Haber olvidado, unas y otras, que a la esencia de todas las religiones pertenece la justicia, el amor y la liberación.

Por muchas que fueran las diferencias, se debió haber trabajado siempre con los hechos básicos de la humanidad, el pluralismo y el amor. En todo caso, entendemos cuán arraigada es la propensión del ser humano a absolutizar, a convertir opiniones en dogmas, y a crear hostilidades. Por eso hay que saludar como signos de gran esperanza este nuevo momento de apertura y evolución.

La experiencia nos va aleccionando: no podemos seguir conviviendo desde la exacerbación de las diferencias y el olvido de nuestra condición humana fundamental. La apología de lo diferente no puede hacerse a costa de lo común. Antes que todo somos personas, estemos donde estemos, se trate de quien se trate y profesemos las ideas que profesemos.

Cada uno, conforme a su religión o a su filosofía, podrá expresar el credo de su vida. Es libre para hacerlo. Pero toda ideología, cultura o religión debe comenzar por hacer profesión de una fe común en la dignidad humana, como sujeto de derechos y obligaciones universales. Esa dignidad se ha ido descifrando históricamente y ha quedado hoy determinada en una serie de derechos-valores-obligaciones que le corresponden a cada ser humano.

Sobre esta dignidad hay conciencia y acuerdo. Su contenido está objetivado en la Carta Universal de los Derechos Humanos, de las Naciones Unidas, y, por tratarse de conciencia y acuerdo universales, esa Carta resulta vinculante para todos.

Somos libres para profesar la religión que queramos, pero el artículo primero de toda religión es la aceptación, el respeto, el cuidado y la protección de la persona humana. Nada hay primero, ni nada más importante. La humanidad tiene con esto un campo de acción insobornable, que abarca y vincula a todos. Los derechos humanos se convierten así en campo e indicador objetivo de moralidad que nadie puede traspasar. Ellos son, para todas las ideologías e instituciones, un primer criterio para verificar si les guía la verdad o la falsedad.

Todas las religiones deben caminar unidas en este campo de ética universal, trabajando para que sea reconocido e implantado en todos los lugares. Sobre la salvaguarda de ese campo debe incidir prioritariamente la acción de todas ellas.

El cumplimiento de esa ética mínima aseguraría para todos un nivel digno de vida y de desarrollo humano. Y aseguraría ese bien que todos anhelamos: la paz. Porque la paz es fruto de la justicia y esa ética mínima contiene el nivel de una justicia elemental para todos. Y eso hoy día es posible, con solo cumplir unos requisitos.

Contra el pesimismo de no pocos, la solución al problema de la paz mundial tendría respuesta, si de verdad las religiones se pusiesen de acuerdo y uniesen sus esfuerzos para dar la batalla allí donde hay que darla. Deben volver sobre sí mismas para reconocer sus fallas y emprender una reforma interna en virtud de esa vuelta a lo que es esencial en ellas. Y esa esencialidad consiste en el respeto de toda vida humana, en la pasión por la justicia, la denuncia del egoísmo, las desigualdades y la dedicación prioritaria a los más pobres. La religión que no enfoque su misión en esta labor de promoción y liberación humana, o —lo que sería más grave— la contradiga, estaría demostrando servir a lo contrario de su misión, comunicar vida y salvación.

No todo, pues, está permitido, aunque sea propuesto por las religiones. La dignidad humana y sus derechos son un límite contra toda acción que rebaje esa dignidad: sacrificios humanos, quema de herejes, culto de la prostitución, promiscuidad sexual, imperialismo, racismo, machismo, odio, etc. ¿Se puede poner precio a la cabeza de un hombre por considerarlo hereje o apóstata?

Hay derechos y valores humanos que deben ser supuestos y salvaguardados por todas las religiones. Estos derechos adquieren carácter de ciudadanía universal y deben recibir apoyo incondicional por parte de las religiones. Su salvaguarda se constituye en criterio mínimo coincidente, puesto que marcan la pauta de un quehacer moral, vinculante para individuos, sociedades y Estados. Lo que es bueno o malo, lo que permite una vida humana auténtica tiene fundamento en lo divino y sirve como criterio de verificación de lo verdaderamente religioso. La fe, pues, en la dignidad y derechos humanos es artículo primero de todas las religiones, un mínimo que ninguna puede negar.

Sobre ese horizonte de ética mínima universal puede añadirse el horizonte particular de cada una de las religiones, como complemento, plus u oferta específica de realización y felicidad humana. Y es en ese segundo plano de opción libre a ofertas distintas, donde las religiones pueden entablar un diálogo de interconocimiento y fecundación mutua. Pero este diálogo no puede oscurecer o retardar el diálogo y la

puesta en común de todas ellas en el plano primero de la lucha por la dignidad humana y los derechos de los más pobres. Porque ese es precisamente el querer primordial del Dios único, del Dios que quiere que el hombre viva y que el pobre sea «gloria viviente suya».

Son muchos todavía los temores de quienes creen que, admitiendo el diálogo interreligioso, van a tener que renunciar a su identidad religiosa o la exponen a que desaparezca. Ciertamente, en muchas cosas, la religión tiene que morir para volver a nacer; también el cristianismo. Es la única forma de derribar barreras inútiles y de acabar con odios y luchas más o menos tribales.

El diálogo interreligioso tiene que hacer avanzar el entendimiento del misterio de la salvación. Personalmente, admito la centralidad de Jesús de Nazaret en el plan de la salvación. Pero eso no evita que quiera conocer si el hinduismo, el budismo u otras religiones son salvíficas en sí mismas o dependen del cristianismo para la salvación, y si son independientes, en qué sentido.

Sea como sea, el diálogo interreligioso debe hacerse realidad sobre todo en el diálogo de la vida, en esa unión y lucha de todos contra la injusticia, la discriminación, la pobreza, la guerra, la negación de los derechos humanos. Esta lucha no admite demora, ni

necesita de previas aclaraciones teóricas, sino que nos convoca a todos de inmediato, a fin de asegurar el destino de la naturaleza, de la sociedad y de la vida humana.

Notas

1. Rosa Regas, «Principio de la guerra», *El País*, Madrid, 29 de octubre de 2001.
2. Jon Sobrino, «Teología de la Liberación y teología europea progresista», *Misión Abierta*, n. 4, Madrid, 1984, p. 14.
3. Denzinger, *Enchiridion Symbolorum, Decretum pro Jacobitis*, n. 714, Herder, Barcelona, 1953.
4. San Bernardo, *Obras Completas*, t. 2, BAC, Madrid, p. 1503.
5. Declaración de Osama Bin Laden, publicada después del atentado a las Torres gemelas de Nueva York.
6. Juan Bosch, *Éxodo*, n. 65, Madrid, 2002, p. 4.

© **TEMAS**, 2003.